

TIEMPO DE ESPERANZA

El ciclo Semana Santa/Pascua Florida abre una perspectiva de ilusión para quienes modestamente nos debatimos por la causa de mejorar las condiciones de vida en esta ciudad terrenal arrimando el hombro a la pesada tarea colectiva de conseguir una sociedad más agradable para más gente, objetivo al que no es ajeno el Dios de nuestra liberación.

En las religiones de muchos pueblos primitivos y en la paradójica religión del ateísmo absolutizador de la muerte aparecen infinidad de dioses sin esperanza, ídolos sin futuro que se plantan como cancerberos fronterizos para tragarnos en el más allá, devorándonos el gusto por la vida y oprimiéndonos ante el más absurdo y radical de los vacíos.

Lo que distingue de ellos al Dios de la Biblia es que él viene a nuestro encuentro para ampliar ante nosotros el horizonte liberador de la esperanza. Es inútil trazarle fronteras porque él se opone a toda restricción. Las pobres mentes mezquinas de quienes viven enquistados en el yo podrán dedicarse a excluir del banquete de la salvación a determinado grupo, estilo o conducta más o menos extraña o incomprendida. No hay cuidado: lo hacen así por simple mecanismo inhibitorio de la envidia. El «Dios de la esperanza» —hermosa expresión paulina— traspasa las barricadas del miedo, irrumpe en el cerco de nuestra soledad, quebranta los muros que hacen a unos hombres odiosos ante otros, las fronteras de las clases y las manidas etiquetas, porque no le importan las diferencias entre negros-blancos, ricos-pobres, cultos-ignorantes, piadosos-tibios, sino que él busca al ser humano en sí: pobre, desvalido, miserable, como sea. Le interesa la mejor de sus obras y la acepta como es.

Este es el Dios en quien yo creo: el de la liberación, el de la tolerancia infinita, el que no se deja manejar como arma arrojada de un grupo contra otro ni de una persona contra quien no piensa igual. Por otra parte, este es el Dios de Pablo, el de los cristianos primitivos que concibieron la ambiciosa idea de hermanar un poco a sus semejantes.

La historia de la intolerancia cristiana es la historia de una pura contradicción. Pero ese rosario de fallos y miserias, a veces horribles y sangrientas, no puede darnos motivos para abandonar la causa del cristianismo original.

Hay que devolver a las cosas, igual que a la naturaleza, el sabor de su nacimiento. Por ello me interesa vitalmente recordar lo que ocurrió en Palestina y en el Mediterráneo durante los setenta primeros años de nuestra Era: cómo apareció un hombre sencillo con un mensaje absolutamente revolucionario (que Dios no es temible, sino amable y que los demás no son enemigos, sino compañeros), cómo murió por esa causa y resucitó al completo sellando la calidad trascendental de su buena noticia, y cómo otro hombre trasplantó ese evangelio desde la cuna del Judaísmo al mundo gentil.

Lo que ocurrió después no me escandaliza hasta el extremo de la deserción. Porque si siempre ha habido cristianos/hombres inauténticos, no seré yo quien arroje la primera piedra. Las piedras son para construir. Y en un mundo tan aquejado por las guerras, el armamentismo, el terror organizado, los problemas sociales, el hambre, el desempleo, la manipulación de la incultura, el descontrol de la natalidad, el consumismo, la drogadicción y el deterioro del medio ambiente, lo que procede no es precisamente encarar la Semana Santa con la anegada depresión mental de poéticas plañideras, sino con el ánimo limpio y la actitud positiva y práctica de quienes miran ilusionados al camino que hay por delante y captan el perfume mañanero de la Pascua Florida después de un sábado gris.

JULIAN AGUIRRE